

sas creencias acerca de la perfección de la ciencia del primer mundo y la necesidad de importar modelos "cerrados".

Como ya se dijo, el libro está escrito desde la experiencia de un científico y, de acuerdo a lo explicitado por el autor, no pretende transformarse en una reflexión sistemática sobre la ciencia. Sin embargo, el resultado es un relato reflexivo que contiene las tensiones inevitables que están presentes en toda práctica social. La vocación, los ideales científicos y los maestros (presentes, como no podía ser de otro modo, en la referencia a Houssay y Leloir) se enfrentan a la necesidad de sobrevivencia de un investigador de carne y hueso en el Tercer Mundo. Al fin de cuentas, la ciencia no sólo se trata de laboratorios.♦

María Elina Estébanez

*Razones e Intereses. La historia de la ciencia después de Kuhn*, Carlos Solís, Barcelona, Paidós, 1994, 279 páginas

Entre la sociología y la historia de la ciencia, la revolución cognitiva en los estudios empíricos de la ciencia produce convergencias que terminan por diluir las fronteras disciplinarias tradicionales. Así como no hay sociología sin que su empiria devenga histórica de manera inmediata, tampoco hay historia sin concepto por más que éste no sea otro que el del sentido común.

Pero si esta última es una verdad adquirida desde hace tiempo, excepción hecha sobre el hincapié que la historiografía pone en lo singular e irrepetible, el común terreno abierto para ellas en los estudios metacientíficos hace, como es el caso de este libro, a ambas disciplinas indistinguibles frente al común enemigo metafísico: la historia de la ciencia después de Kuhn no es otra cosa que la sociología de la ciencia después de Kuhn, sin que ello impida la existencia de matices o preocupaciones derivadas de la existencia de tradiciones que abrevan en distintas fuentes: la preocupación en el contenido eruditio o en la teoría, la sensibilidad diferencial por el angel benjamíniano de la historia o la eventual indiferencia ante el cierre del pensamiento categorizador.

En este sentido, para las prácticas historiográficas predominantes en nuestra región, el libro de Solís tiene con qué molestar a quien no

haya sido ya advertido: el punto de partida de la discusión no es, ni con mucho, el proceso de diferenciación de disciplinas, sino el planteo hasta cierto punto irónico de la inmediata identidad de las mismas, haciendo eco tal vez excesivamente (y a veces con malicia) de las discusiones que enfrentan a la sociología del conocimiento científico y a la filosofía de la ciencia.

El libro está constituido por un ensayo y cuatro artículos clásicos de la "nueva" sociología de la ciencia: "Hijo de siete sexos: la destrucción de un fenómeno físico" de Harry Collins; "Teoría estadística e intereses sociales", de Donald MacKenzie; "El conocimiento frenológico y la estructura social del Edimburgo de principios del diecinueve", de Steven Shapln y "Ciencia, política y generación espontánea en la Francia del diecinueve: el debate de Pasteur y Pouchet", de John Farley y Gerald L. Geison.

La discusión que desarrolla Solís entre "razones" e "intereses" parecía, sin embargo, obstaculizar hasta cierto punto el debate más que abrirlo: sólo una concepción muy limitada de la acción y las prácticas humanas pueden encontrar el lecho para una oposición que corre el peligro de convertirse en obstáculo irremontable en la medida en que la interlocución muchas veces unidireccional con la filosofía de la ciencia siga presuponiendo o bien un observador desinteresado y contemplativo como sujeto epistémico, o bien un actor interesado y activo *qua* sujeto social. El resultado de tal discusión no puede ser más que uno: una distribución más o menos equitativa entre razones e intereses, posición que intenta justificar Solís.

Aclaremos lo anterior: puesta la discusión en la mesa, ésa es la única respuesta verosímil dado que el científico-capitalista metaforizado por los modelos de mercado es la figura especular (y espectacularmente escandalosa) del científico bueno y desinteresado que trabaja por el bien de la humanidad (aunque desde hace algún tiempo sólo lo haga por la nación o una empresa multinacional). Lógica versus interés no es más que un momento, tal vez necesario, de una discusión infinitamente más vasta que sería injusto e incorrecto negar que se ha desarrollado ampliamente, pero que corre el riesgo de estancarse allí donde se cuestiona la imagen tradicional del científico teniendo en cuenta el carácter habitualmente maniqueo de las discusiones.

Es justo reconocer que Solís no cae en respuestas reduccionistas más allá de lo que sugiere el título del ensayo. En este sentido, nuestra duda es hasta qué punto tiene sentido todavía aceptar tal discusión en tanto que tal: sería absurdo negar, y nadie que piense que hay conocimiento lo haría, que hay lógica o razonamiento en el pensamiento

científico. Lo que pareciera ocurrir, en esta dirección, es la imposibilidad de un criterio firme de demarcación o, una cuestión estrechamente ligada, de negar la existencia de un rol científico como otredad absoluta a los vulgares roles humanos. Razones, intereses, deseos o piedad: no se trata de dirimir apriorísticamente la cuestión sino que ello debería ser materia del más estricto trabajo empírico.

En este sentido, en la negativa que compartimos a rechazar la afirmación "hay conocimiento", no parecería casual que en la discusión que desarrolla Solís, así como en los artículos presentados, se dejan realmente de lado las posturas más "extremistas" en el estilo del constructivismo radical, constituyéndose así en una presentación hasta cierto punto parcial de los nuevos "science studies".

Una cuestión que nos interesa por último destacar del trabajo de Solís, si bien relativamente marginal en su ensayo, es la discriminación entre las razones y los "estados racionales" o las causas de un pensamiento: cuestión al tiempo evidente y difícil, un razonamiento no explica nada si no se demuestra que ese razonamiento existió. Crítica a las reconstrucciones racionales lakatosianas o popperianas, el pensamiento, por puro que sea, necesita de quien lo piense: el tercer mundo puede que sea una ficción útil, pero no por ello deja de ser una ficción. El mundo de la epistemología puede pretender estar más allá del mundo, pero no por ello dejará de ser sometible a la crítica: idealismo sorprendente para la defensa del realismo científico.

No es una ironía sostener que, lejos de ser las nuevas corrientes en sociología e historiografía de la ciencia formas del "irracionalísimo posmoderno", al menos algunas de estas nuevas corrientes son la aproximación más científica, o si se quiere más ortodoxamente racional que poseemos para entender a la ciencia: si la sociología muestra la "irrationalidad" de ciertas prácticas apreciadas en nuestra cultura, este mostrar no podría ser otra cosa que el efecto de una voluntad racionalizadora.

Y en este sentido habrá que no dejarse llevar por las falsas identificaciones: la ciencia se ha constituido en nuestra cultura en el símbolo máximo de la racionalidad, pero sólo la perdida y unidimensionalización de una cultura que ha sabido ser en cierto sentido más compleja, podría permitir la identificación, muchas veces intencionada, entre ciencia y razón.

Si la serpiente se muerde la cola, ello no habrá de sorprender: cosas más extrañas ha producido la matemática y la lógica de este siglo.